

«TAMBIÉN NOSOTROS QUEREMOS SER
“VERGONZOSAMENTE FELICES”»

LA VIDA COMO VOCACIÓN

Apuntes de la intervención de Julián Carrón en la Jornada de apertura de curso de Gioventù Studentesca
Milán, 6 de octubre de 2012



«TAMBIÉN NOSOTROS QUEREMOS SER “VERGONZOSAMENTE FELICES”» LA VIDA COMO VOCACIÓN

**Apuntes de la intervención de Julián Carrón
en la Jornada de apertura de curso de Gioventù Studentesca
Milán, 6 de octubre de 2012**

*I cieli
Quando de mi Patrona
Il mio volto*

Alberto Bonfanti. En primer lugar, quiero saludar a los aquí presentes y a los que están conectados desde toda Italia. Quiero dar las gracias en nombre de todos a Julián, que también este año ha querido acompañarnos de forma especial. Han llegado muchas contribuciones para esta jornada, signo de la espera con la que estamos aquí y con la que hemos empezado el curso escolar. Me ha conmovido la profundidad de la exigencia de significado que expresan, exigencia suscitada por la realidad y por una seriedad y sinceridad al ponerse

en primera persona ante ella. Esta exigencia profunda surge ante los hechos dramáticos que el Misterio no nos ahorra, como la muerte o la enfermedad grave de una persona querida, pero también, casi diría que sobre todo – muchos lo habéis subrayado –, a la hora de afrontar lo cotidiano, cuando habéis retomado la rutina escolar y habéis empezado a experimentar la dificultad ante el estudio, ante ciertas relaciones, ante una forma de vivir en la que no parece existir la posibilidad de verificar hasta el fondo el encuentro que uno ha tenido, la experiencia de bien que ha vislumbrado. La cotidianidad plantea la pregunta del “para siempre”, de la verificación del encuentro que se ha tenido, plantea la exigencia de que se mantenga la intuición de bien que se ha experimentado en ciertas ocasiones como el Triduo pascual (¡cuántos habéis hablado de él como de un acontecimiento decisivo para el descubrimiento de vuestra propia humanidad y de Aquel que responde!), durante las vacaciones o en ciertos momentos en que se vive la conciencia – a la que nos reclamabas el año pasado – de que la vida es un don y por tanto es positiva. En definitiva, la cotidianidad hace brotar la exigencia de que esta intuición de bien pueda experimentarse dentro de todas las circunstancias en las que estamos llamados a vivir. Entonces me he acordado, como también algunos de vosotros en vuestras contribuciones, de lo que nos escribiste en los Ejercicios espirituales de Pascua:

«Nunca como ahora sentís vibrar en vosotros todo el deseo de felicidad que os constituye. Hasta el punto de que vosotros mismos os sorprendéis. «Naturaleza humana, / si eres tan frágil y vil en todo, / si eres polvo y sombra, ¿cómo tan alto sientes?», se maravillaba Leopardi. Es tan grande la exigencia de nuestro corazón que a veces nos quedamos desconcertados. Nada nos da paz. Nada parece estar a la altura de nuestros deseos. ¡Qué ternura hacia nosotros mismos necesitamos para no desertar de nuestro corazón! Quien no se rinde, antes o después, entenderá por qué valía la pena: para descubrir el atractivo de Cristo. Mi deseo es que pueda encontrar entre vosotros cada vez más amigos que, como el décimo leproso, no se contenten

con menos de Su presencia, de Su amistad. Vuestro compañero de camino hacia el destino».

Creemos que es decisivo comprender el camino que hay que recorrer personalmente para estar a la altura del propio deseo, entender dónde deben apoyarse la libertad y la razón para que la vida se cumpla dentro de todas las circunstancias que estamos llamados a vivir. Por eso te preguntamos: ¿en qué consiste la ternura hacia nosotros mismos necesaria para no desertar de nuestro corazón? ¿Qué camino debemos recorrer para tener un verdadero afecto por nosotros mismos, que nos impida contentarnos en lo cotidiano con tantos “falsos infinitos” en los que inevitablemente caemos (como nos ha recordado el Papa en el mensaje al Meeting)?

JULIÁN CARRÓN

¡Un saludo a todos! Estoy contento de poder compartir con vosotros este comienzo de curso, porque todo comienzo nos pone de nuevo delante de las cosas decisivas para vivir. Por eso empezamos enseguida con la pregunta que me habéis hecho: ¿en qué consiste el afecto por uno mismo? Es el primer punto de mi intervención.

1. ¿QUÉ ES EL AFECTO POR UNO MISMO?

La ternura, el afecto por uno mismo es un apego lleno de estima y de compasión, de piedad por uno mismo. Es como tener por uno mismo – dice don Giussani – un poco de ese apego que tu madre tenía por ti, sobre todo cuando eras pequeño. Porque este afecto, esta capacidad de tomarnos en serio a nosotros mismos, de abrazarnos a nosotros mismos... Imaginemos la ternura con que una madre sostiene a su hijo en brazos, conmovida por su existencia, consciente del deseo de felicidad que se desencadenará en ese niño por el destino grande al que está llamado.

Si no hay en nosotros un poco de esa ternura, de ese afecto por nosotros mismos, es como si faltase el terreno sobre el que construir. Por eso comprendo que me preguntéis en qué consiste esta ternura. No sé si os habéis dado cuenta, pero es lo que hemos dicho cuando hemos cantado *Cuando de mi patrona*: cuando uno se encuentra ante

los ojos de la Virgen, desearía mirarse con Sus ojos, lo desea mucho, pero a veces no es capaz de abrazarse a sí mismo y de tener esa ternura consigo mismo. ¡Qué camino debemos recorrer para tener un afecto así por nosotros mismos! Sabemos muy bien que no es algo inmediato, lo sabemos bien, hasta tal punto que con frecuencia, en vez de ser tiernos somos violentos, duros, feroces con nosotros mismos. Por eso no podemos dar la ternura por descontada. Es suficiente con que cada uno de vosotros piense cuándo se ha mirado con un poco de esta ternura, y cuántas veces en cambio nos miramos a nosotros mismos con una dureza, con una crueldad, con una falta de piedad que hace casi imposible que nos podamos mirar.

Por ello, ayudémonos a descubrir cómo surge esta ternura escuchando lo que ha descrito estupendamente don Giussani: «En la historia psicológica de una persona, la fuente de su capacidad afectiva es una persona que reconocemos de tal modo que la acogemos y hospedamos en nosotros mismos» (L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», a cargo de Laura Cioni, *Litterae Communionis* CL n. 1, Milán 1977). Como os decía antes, pensemos en el niño con su madre: la fuente del afecto, lo que hace surgir el afecto en el niño es la presencia de su madre; su capacidad afectiva sale a la luz respondiendo a la sonrisa, al cuidado de su madre, al amor y a la presencia de su madre. Esta presencia es tan decisiva para el niño que, si falta, se seca la fuente afectiva, porque no es algo que el niño se da a sí mismo, no es una capacidad de afecto que el niño pueda darse poco a poco. Se ve perfectamente: la primera persona a la que se apega el niño no es a sí mismo, sino a su madre; la fuente de su afecto brota ante esa presencia buena, positiva que, al mirarle con una ternura de la que él no es capaz, hace brotar en él una capacidad de afecto por su madre.

Amigos, para hacernos comprender las cosas, el Misterio no nos las explica; no da una lección al niño sobre el afecto, sino que lo hace suceder. El niño lo vive primero, vive primero el afecto, siente el afecto de su madre, ve que empieza a apegarse a su madre y poco a poco comprende. Pero en un momento dado – todos lo sabemos –, este signo natural que es la madre ya no basta, y no porque la madre

esté enfadada con nosotros o porque no esté el padre, no, están todos como antes, pero es como si todo aquello que antes nos bastaba, en un momento dado, dejara de bastarnos. ¿Por qué? Si no miramos con atención lo que sucede en nosotros, no podremos entendernos, no podremos comprender lo que sucede en nuestra vida a una cierta edad. ¿Por qué ya no nos basta? Porque cada uno de nosotros ha evolucionado hacia la juventud. ¿Y cuál es el signo de esta evolución? Dice don Giussani (cuántas veces lo podéis observar y reconocer en vuestra experiencia) que uno se complica y siente una ausencia de afecto, como si ese afecto no fuese suficiente, y se siente confuso, inseguro, descompuesto (cf. L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», op. cit.).

Entonces uno se pregunta: «Pero si todos los factores son como antes, si mi madre y mi padre están, y no ha cambiado su actitud hacia mí, ¿por qué ahora me siento confundido, inseguro y descompuesto, y ya nada me va bien?». Debemos tratar de comprender esta experiencia, porque si no es así empezaremos a enredar, como cuenta Anna: «Últimamente me pasa a menudo que percibo una desproporción con respecto a las cosas que hago. Cada vez que hago algo que me gusta (el *voley*, cuando quedo con mis amigos, etc.), siento que no me satisface hasta el fondo, no me basta, y me sumerjo en un sinfín de quehaceres, que no hacen sino aumentar este grito. Quería que me ayudaras a juzgar esto que me pasa, a afrontarlo».

Si no llegamos a comprender lo que ha sucedido en un momento dado de nuestra vida, si no entendemos cómo es que en un cierto momento lo que ha sucedido con nuestro padre y nuestra madre ha dejado de bastarnos, ¿qué es lo que hacemos? Como nuestro padre y nuestra madre ya no nos bastan, sustituimos a nuestros padres por los amigos y luego por el novio o la novia u otras cosas, pero el esquema no cambia. ¿Por qué no cambia? Porque en el fondo no hemos entendido que esto no nos basta, y que al cambiar a tu madre por otra cosa, se reproduce el mismo problema; y aunque me gusten las cosas, en un momento dado dejan de bastarme, y entonces repetimos con las cosas la misma experiencia que hemos tenido con nuestra madre. ¿Cómo hacemos normalmente para salir de esta

situación? Nos zambullimos en un torbellino de quehaceres: «¿Qué debo hacer?». Empieza la carrera por ver qué hacer. Y como siempre parece poco, entonces hacemos más, hasta llegar al agotamiento. Pero el único resultado es que esto, en vez de resolver la cuestión, no hace sino aumentar el grito. Entonces empezamos a darnos cuenta de que, tal vez, antes de continuar en este torbellino, es necesario comprender, juzgar, entender lo que se ha desvelado en un momento dado de nuestra vida en la relación más bonita y más verdadera que hemos tenido (con nuestros padres), para ayudarnos a tomar conciencia verdadera de nosotros mismos, para comprender hasta el fondo lo que nos está pasando. Porque si no comprendéis esto, no lo resolveréis, sino que lo reproduciréis de otros mil modos. Por tanto, se trata de tomar conciencia de uno mismo, es un problema de autoconciencia. ¿Cómo define don Giussani esta autoconciencia, es decir, esta conciencia de sí? La autoconciencia es «una percepción de sí clara y amorosa [debo comprender lo que soy para poder tener este amor a mí mismo], cargada de la conciencia del propio destino y, por tanto, capaz de verdadero afecto por uno mismo [porque sólo si comprendemos esto podremos tener este afecto]» (L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», op. cit.).

Entonces, ¿qué es lo que ha sucedido? Que en un momento dado de nuestra evolución ha salido a la luz la estructura última de nuestro “yo”: en determinado momento se ha vuelto consciente con todo su alcance todo el deseo con el que hemos sido hechos, toda la espera con la que hemos sido creados. Por eso, si uno comprende que nada le basta, lo entiende porque se ha ensanchado definitivamente la espera del corazón, la capacidad de cumplimiento para el que hemos sido hechos, la grandeza del destino de la vida. Cuando uno comprende esto – dice don Giussani –, entonces «es el momento del Otro [con O mayúscula], otro que sea verdadero, permanente, que nos constituye, el momento de la presencia inexorable y sin rostro, inefable» (L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», op. cit.). O caemos en la cuenta de esto, o sustituimos constantemente a los padres por otra presencia, porque no nos damos cuenta de que en ese momento se ha desvelado con claridad quién soy yo, que yo estoy

hecho para ese Otro. Si no caemos en la cuenta de esto, no terminamos de salir de la adolescencia, porque nunca damos el paso verdadero hacia el reconocimiento de este Otro, Otro inefable al que todavía no conozco, sin rostro, porque no sé identificar los rasgos de ese Otro al que soy constantemente lanzado, al que tiende todo mi “yo”. Mientras preparaba mi intervención, un amigo me ha enseñado un artículo publicado hoy en *la Repubblica*, en el que, describiendo la situación de los jóvenes, se dice que «la adolescencia parece no terminar nunca» («Adolescenza infinita», de Massimo Recalcati). Como no comprendemos, entonces sustituimos a los padres por otras cosas. Por eso, ¡qué gran amigo es don Giussani cuando nos dice: mirad, amigos, «la juventud es el tiempo del “Tú” [con mayúscula] en el que el corazón se sumerge sin poder, como en un abismo, es el tiempo de Dios» (L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», op. cit.).

Si no reconocemos a este “Tú”, si no reconocemos a este Otro que ha hecho mi vida, no podremos tener ternura por nosotros mismos, y por eso nos embarullamos cada vez más, nos complicamos cada vez más, estamos cada vez más confusos. Porque en este momento el Misterio, haciendo vibrar todo vuestro deseo – como os había dicho en el mensaje de Pascua –, os hace comprender que vuestra vida encierra algo misterioso, y entonces comprendéis que estáis hechos para un destino. Y ¿qué quiere decir que el hombre está hecho para ese destino, que tiene el sentido del destino? Que tú, al igual que yo, te percibes con un dinamismo, con un empuje irreversible hacia un horizonte ilimitado que nunca consigues alcanzar del todo, pero que es un ideal de felicidad, de verdad, de justicia, de belleza, de bondad, cuyos bordes no se pueden abarcar, un dinamismo potente que no me deja tregua y que me empuja hacia un límite desconocido, hacia una orilla que está más allá de todo lo que veo, que está más allá de todo lo que toco, de todo lo que hago; por eso no encuentro satisfacción aunque me meta en un torbellino de quehaceres. Si no comprendemos esto, no nos comprenderemos a nosotros mismos y no entenderemos por qué nada nos satisface: porque has crecido, porque tu “yo” es más grande, porque, en un momento dado, al des-

arrollarse tu biología, tu fisiología, todo tu ser, ha salido a la luz aquello para lo que has sido hecho. Es lo que Jesús resumía en la frase del Evangelio: «Pero ¿qué importa, qué te importa si tienes todo lo que quieres pero te pierdes a ti mismo?» (cf. Mt 16,26). Esta es la pregunta que todo hombre en cualquier latitud, en cualquier época de la historia tendrá que reconocer en sí mismo, porque es la que mejor describe lo que sentimos vibrar dentro de nosotros. Pero, ¿qué importa si gano todo, si me meto en este torbellino de cosas, si hago de todo, pero nada de esto me satisface y me hace perderme a mí mismo, me hace perder la plenitud para la que he sido hecho?

Amigos, ¿qué violencia se introduce en la vida contra todo y contra todos si no se entiende esto! Porque entonces me enfado primero con mi madre, luego con los amigos, con la novia, conmigo mismo y me termino enfadando con todo... «En lugar de afecto por uno mismo – dice Giussani –, un resentimiento». Estoy resentido con todo. Desde luego, no es lo máximo a lo que puedo aspirar en la vida. Por eso nos interesa comprender qué está sucediendo en nosotros. Porque que la vida tiene un destino es evidente, como se manifiesta en el diálogo que aparece en el manifiesto de invitación a este gesto, que todos tenéis. «Pero, ¿piensas alguna vez en el futuro?» [¿Por qué tenemos que pensar en el futuro? Porque no podemos evitar pensar en el futuro, de tanto que urge en nosotros el destino para el que hemos sido hechos. Por eso la respuesta es la que todos tenéis...] «Oh, sí... Siempre [pienso en el destino, siempre pienso en el futuro]. «Y ¿qué piensas que te gustaría ser de mayor?». «¡Me gustaría ser vergonzosamente feliz!».

Por eso entiendo que cuando nuestros amigos de Bolzano leyeron esta viñeta de *Peanuts* pensaron: «También nosotros queremos ser “vergonzosamente felices”». Y a continuación se preguntan: «Pero ¿lo somos? No – dicen –, o mejor, cuando estamos de vacaciones parece posible, en ciertos momentos nos parece que está al alcance de la mano. Pero, pensando en la escuela, parece una utopía. El problema es que la escuela está, y debemos afrontarla todos los días – dicen –, ¡qué bonito sería poder vivir en la escuela la misma experiencia que vivimos en esas ocasiones!». ¿Quién no desea esto? La

cuestión ha quedado abierta, y por eso han invitado a profesores, estudiantes y directores a una asamblea en la que se ha planteado esta pregunta: ¿se puede ser «vergonzosamente feliz» en la escuela?

Una de vosotros escribe: «Lo que más me apremia en este periodo es comprender qué quiere decir que todo es vocación. Últimamente hay muchos problemas en casa, y me cuesta ver en ellos la posibilidad de una relación con el Misterio, pero es verdad que estoy intuyendo que justamente en esta dificultad está la posibilidad de descubrir algo grande. ¿Qué puedo hacer para que no me aplasten las circunstancias? ¿Cómo puedo mirar este mal sin miedo, como una posibilidad?». Parece que en muchas ocasiones la escuela, los problemas en casa, las circunstancias se convierten en un obstáculo para alcanzar esa felicidad a la que “vergonzosamente” aspiramos. ¿Por qué? Porque no nos damos cuenta de que no podemos caminar hacia el destino, hacia la felicidad, mas que a través de las circunstancias. Las circunstancias nos introducen en la vida, pero en muchas ocasiones parecen adversas, hostiles, contrarias a nuestro deseo de cumplimiento; por eso es fundamental comprender cuál es el sentido de las circunstancias. ¿Son verdaderamente un obstáculo o son, como dice esta amiga, una posibilidad?

Nuevamente nos ayuda don Giussani a comprender cuál es el sentido de estas circunstancias que debemos afrontar en el camino al destino, a la felicidad, qué tienen que ver las circunstancias con nuestro camino al destino. Don Giussani empieza diciendo: «En la vida de aquellos a los que Él llama, Dios no permite que suceda nada si no es para madurar, para una maduración de los que han sido llamados» (L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 3, marzo 2008, p. 31). Es decir, todo lo que sucede lo permite el Señor para que maduremos; es más, Dios no permite nunca que suceda algo si no es para que maduremos. Y la prueba para ver si estamos madurando verdaderamente es si crece en nosotros la capacidad de hacer que cada objeción, cada dificultad, cada obstáculo, incluso cada persecución, puedan llegar a ser instrumento, ocasión, posibilidad para nuestra maduración. Porque esta es la lucha – que las circunstancias introducen en la vida – que nos

mantiene despiertos, que «madura en nosotros la conciencia de cuál es nuestra consistencia y nuestra dignidad, que está en Otro» (L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose. 1979-1981*, Bur, Milano 2007, p. 389). Es decir, todo lo que nos sucede en la vida, como hemos visto en la relación con nuestros padres, es para comprender que nuestra consistencia, la posibilidad de que nuestra vida se cumpla, se halla en ese Otro. En esto consiste la autoconciencia – como decíamos antes –: en una percepción de sí clara y amorosa, cargada de la conciencia del propio destino y, por tanto, capaz de verdadero afecto por uno mismo.

2. ¿CUÁLES SON LOS ELEMENTOS DE ESTA AUTOCONCIENCIA Y QUÉ TIENEN QUE VER CON LAS CIRCUNSTANCIAS?

El Papa nos ha ofrecido una ayuda preciosa en su mensaje al Meeting de Rímíni de este año, que tenía por título, como todos sabéis: «Por naturaleza el hombre es relación con el infinito». ¿Cuál es el primer elemento de nuestra autoconciencia? ¿Cuál es el primer dato?

a. Dependencia originaria: «Hechos»

Nosotros somos hechos. «Hablar del hombre y de su anhelo de infinito significa ante todo – dice el Papa – reconocer su relación constitutiva con el Creador. El hombre es una criatura de Dios». Y por tanto, el «primer dato es la dependencia originaria y ontológica de Aquel que nos ha querido y nos ha creado. Sin embargo esta dependencia [a veces] al hombre moderno y contemporáneo [le parece algo contrario a sí mismo, mientras que, en cambio] revela [justamente] la grandeza [...] del hombre» (Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos [Rímíni, 19-25 agosto 2012]*, 10 agosto 2012). Pero tenemos que ver cómo nos ayudan las circunstancias a darnos cuenta del valor que tienen estas cosas que ya sabemos, porque no hay nada más evidente que el hecho de que no nos damos la vida a nosotros mismos. En este sentido, creo que puede ayudarnos tomar conciencia de lo que hemos cantado al principio, un canto conocido por muchos de nosotros: *Il mio volto*. Prestemos atención a la letra de este canto: «Dios

mío, me miro y descubro / que no tengo rostro; / miro dentro de mí y veo la oscuridad / sin fin». ¿Cuántas veces nos ha pasado esto, nos hemos visto en la oscuridad?

Para muchos de nosotros esto podría ser una ocasión más de confusión; en cambio, como no estamos bien, nos encontramos a disgusto – porque el hombre no está hecho para la oscuridad –, no nos resignamos. ¿Qué hace cada uno? Mirad lo que hacéis cuando os encontráis en la oscuridad: muchas veces nos zambullimos en un torbellino frenético de cosas, tratando de salir de la oscuridad. En cambio, el canto dice: «Sólo cuando advierto que tú estás, [que Tú, con mayúscula, que Tú estás] / como un eco vuelvo a escuchar mi voz / y renazco como el tiempo del recuerdo» (A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, *Comunión y Liberación* 2007, p. 356). De este modo, si no me quedo en la apariencia y miro hasta el fondo la oscuridad, descubro que se trata de una ocasión para darme cuenta de que Tú estás. Entonces no estás solo, no estás solo. Empieza a surgir delante de nuestros ojos una presencia que nos constituye de tal manera que empieza a darnos la posibilidad – cuando la reconocemos – de renacer, de un afecto verdadero por nosotros mismos, de una capacidad de querernos. De hecho, sólo cuando llego a reconocer que Tú estás, yo puedo renacer. Preguntaos cuántas veces habéis hecho este recorrido y cuántas veces, en cambio, cuando llegamos a la oscuridad, nos afanamos de distintos modos tratando de aferrarnos a otras cosas. Por eso me pregunto quién podría componer hoy una canción así (que fue compuesta por una chica de 17 años hace bastante tiempo).

La mayoría de las veces, cuando nos encontramos en la oscuridad, no estamos en paz, porque no hemos comprendido lo que nos ha sucedido con nuestra madre, ni que la juventud es el tiempo del “Tú”, porque no hemos entendido que esta oscuridad se me da precisamente para darme cuenta de este “Tú”. En cambio, qué autoconciencia, qué capacidad de afecto por ti mismo adquirirías cada vez si, en vez de inquietarte, de salir buscando cualquier cosa a la que aferrarte, mirases en el fondo de ti mismo, hasta reconocer a ese “Tú” misterioso que te constituye. ¡Qué gracia supone poder reconocer

mi dependencia originaria de este “Tú”! Es como si aquello que sabemos – que la vida no nos la damos nosotros, que yo soy un “Tú” que me está haciendo ahora –uviésemos que reconquistarlo delante de cada oscuridad, de cada insatisfacción, de cada desaliento, de cada circunstancia. No sé cómo os las arregláis para vivir las circunstancias sin hacer este trabajo, porque yo no podría. Constantemente tengo que afrontar desafíos que, al igual que a vosotros, a mí tampoco se me ahorran: ¿quién soy yo? ¿Soy lo que siento ahora, lo que dicen los demás, sus ataques? ¿O soy, precisamente ahora, “Tu” que me haces? Esto le permite al hombre empezar a construir, porque el hombre, para poder realizarse, para poder soportarse, para amarse a sí mismo necesita reconocer a Otro. La libertad es esta capacidad que cada uno tiene de adherirse a la relación que lleva a cumplimiento la propia vida.

De este modo, uno descubre que esta dependencia originaria, este primer dato de nuestra autoconciencia, constituye la verdad de sí: somos fruto de un amor, de un acto de amor de Dios, y ningún error, ninguna distracción, ninguna circunstancia, ningún dolor, ninguna oscuridad pueden eliminar el hecho de que yo ahora mismo existo. Y si existo, el Misterio que me hace ahora me está gritando, por el hecho mismo de existir: «Tú eres un acto de amor Mío. Yo te estoy haciendo ahora, a Mi imagen y semejanza». Este es el fundamento del afecto por uno mismo, porque «el afecto por uno mismo – dice don Giussani – no puede estar motivado por *lo que uno es* [por lo que conseguimos hacer (como muchas veces pensamos en este frenesí del hacer)], sino por el *hecho de que existe*» (*Memores Domini*, 8 octubre 1987, *pro manuscripto*). Como cuando descubres que estás enamorada o enamorado, y no quieres al otro por lo que es, sino que te alegras porque existe, porque el otro existe, por el hecho de que existe. Es la sorpresa de uno mismo y del otro como don, como gracia; es la sorpresa de que el otro exista y de que yo me haya dado cuenta de ello.

Si lo primero que hace Dios es amarte, ¿cuál es la imitación más inmediata que podemos hacer de Dios? La imitación de Dios es la sorpresa de amarse, de quererse; si uno no tiene amor, si no tiene ter-

nura por sí mismo, no imita a Dios en nada. Y si uno no imita a Dios en el amor, no lo puede imitar en nada, porque el primer dato fundamental con que Dios se revela al hombre es que lo ha hecho a Su imagen y semejanza. La primera semejanza con Dios es amarse a sí mismo, porque lo primero que ha hecho Dios es amarte. Si no reconocemos esto no somos capaces de amarnos, y por eso nos maltratamos, nos criticamos, por eso somos tan crueles con nosotros mismos.

«Querido don Carrón, te escribo con el corazón lleno de gratitud, porque es verdad que la vida vuelve a empezar si uno está seguro de que es amado y querido. He vivido un periodo muy difícil: padecía anorexia, que en realidad era la manifestación de un gran malestar conmigo misma que me hacía incapaz de ser yo misma, incluso con las personas a las que más quería. En un momento especialmente malo fui a hablar con un amigo mío que, ante el relato de mis dificultades, me propuso hacer un trabajo: pedir a Dios todos los días que me diera la certeza de que era amada y querida tal como era. Recuerdo aquel día como si fuese hoy, porque a partir de ahí mi vida empezó a renacer. Parece casi increíble que, por reconocer a Otro y empezar a percibir esta mirada sobre mí, mi vida pueda renacer [¡Es así! Cada uno puede decidir si verifica esto o si sigue estando resentido consigo mismo y con todo]. Pero no ha renacido porque hayan desaparecido los problemas, sino porque por fin tenía una hipótesis [mirad, ni siquiera tiene la solución, sólo una hipótesis], una hipótesis que me permitía estar en pie delante de todo [esta es la hipótesis que te ofrecemos hoy, al empezar el curso, para que todas las circunstancias, desde la escuela a las relaciones o las dificultades, puedan construir la vida y no sean percibidas como adversas, como contrarias a la vida, porque no son contrarias: están hechas para ti, para tu maduración, para que comprendas que se puede renacer y que todo, lejos de ser un obstáculo, puede llegar a convertirse en una pieza en la construcción de tu persona. Dime dónde te ofrecen una hipótesis como esta para vivir]. Con esta hipótesis he empezado un trabajo, y todavía estoy en este trabajo cotidiano de pedir a Dios esa certeza de un bien sobre mi vida. Incluso los problemas que me parecían insu-

perables se van desvaneciendo poco a poco. Gracias por haberme llevado a este punto tan decisivo».

Pero ¿es posible – nos preguntamos – que deseando tanto, la vida pueda cumplirse de verdad? Es la misma pregunta que se hacía el Papa en el mensaje al Meeting: «¿No le es tal vez estructuralmente imposible al hombre vivir a la altura de su propia naturaleza? [Pensamos muchas veces que tal vez era mejor no desear tanto...] [...] ¿No es tal vez una condena este anhelo hacia el infinito que [...] [el hombre] advierte sin poderlo satisfacer nunca totalmente?» (Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, op. cit.).

Si no respondemos a esta segunda pregunta es imposible amarnos a nosotros mismos, es imposible tener afecto por nosotros mismos y por la vida. Esta pregunta nos lleva directamente al segundo elemento de nuestra autoconciencia.

b. Acontecimiento cristiano: «Suyos»

Nosotros somos Suyos. A muchos de nosotros nos ha sucedido otro hecho. Después de haber sido creados, ha sucedido otro hecho que constituye el segundo elemento de nuestra autoconciencia y que responde a la pregunta que nos hacemos algunas veces: ese deseo tan grande de felicidad, ¿es imposible o es una condena? Para responder a ella, el Misterio ha mostrado toda su ternura, todo su afecto por nosotros, porque nos ha creado para una felicidad plena, porque ya desde el inicio Él quería darnosla; nos había creado con este vacío enorme para poderlo llenar con Su presencia. Sabedor de esto, ¿qué ha hecho el Misterio? «El Infinito [...] para hacerse respuesta que el hombre pueda experimentar, asumió una forma finita [dice el Papa]. Desde la Encarnación, desde el momento en que el Verbo se hizo carne, quedó eliminada la insalvable distancia entre finito e infinito: el Dios eterno e infinito dejó su Cielo y entró en el tiempo, se sumergió en la finitud humana» (Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, op. cit.), con el fin de que pudiésemos experimentar que no es imposible vivir a la altura de nuestro deseo. Por eso – dice don Giussani – la primera condición

para que los discípulos y la gente del tiempo de Jesús encontraran el cristianismo no era hablarles de Jesucristo. ¡No! La primera condición era el afecto por ellos mismos, era el deseo que tenían, porque cuando se acercaban a Él con este deseo, con ese hambre y esa sed (por eso dice que son bienaventurados los que tienen hambre y sed), podían reconocer que con Jesús había llegado la respuesta al hambre y a la sed.

¿Cómo podemos saber (digo *saber*, no *imaginar*, no *haber tenido una visión*, sino *saber*) que ha sucedido esto, que el Infinito ha asumido una forma finita, que el Verbo se ha hecho carne? Lo podemos saber porque también nosotros, al igual que Juan y Andrés, hemos sido aferrados, hasta tal punto que podemos decir: «Nunca he sido más yo mismo que cuando Tú, Cristo, me has sucedido en un encuentro». De este modo hemos podido experimentar qué significa Cristo no con una palabra, ni con una explicación, sino porque ha sucedido, como te sucede que te enamoras: primero te sucede y luego te das cuenta de lo que supone lo que te ha sucedido. Ninguno de nosotros estaría tal vez aquí si no nos hubiera sucedido o hubiéramos visto en los demás algo que ha despertado nuestra curiosidad y nos ha traído hasta aquí hoy. Entonces, cuando a alguien le sucede esto, cuando empieza a comprender que ese deseo se puede cumplir, que «desde que Le conozco soy más yo mismo», esto permite un verdadero afecto por uno mismo y por la vida. Porque si no se percibe la posibilidad de cumplimiento, no podemos dejar de enfadarnos con la vida, de pensar que se trata de una condena.

El contenido de mi autoconciencia, el contenido de lo que pienso de la vida, el sentimiento de mí es que mi “yo” eres Tú, Cristo. San Pablo lo resumió para nosotros con esta expresión: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga 2,20*). Y esto llena al que lo descubre de una alegría y de una gratitud tan ilimitadas que invaden toda la vida, como nos ha recordado el Papa, la misma alegría y gratitud que invadían la vida de los primeros cristianos. De hecho, en el cristianismo de los orígenes era así – dice el Papa –: ser liberados de las tinieblas, de la oscuridad, de andar como a tuestas, de la ignorancia, porque no se sabía responder a las preguntas: ¿quién soy? ¿Por qué

existo? ¿Por qué debo seguir adelante? La conciencia fundamental de los primeros cristianos es que habían sido liberados, que estaban en la luz, que podían ver con claridad las cosas en la amplitud de la verdad. Esto les hacía vivir con una gratitud que se irradiaba a su alrededor y que unía a los hombres en la Iglesia de Jesucristo. Es la misma gratitud que podemos encontrar hoy: «Soy una estudiante de 5º de liceo lingüístico, y en este último periodo he vuelto a descubrir la belleza de la vida, que antes me resultaba absolutamente oscura [esta es la gratitud, que lo que antes era oscuro empieza a aclararse]. Durante varios años, especialmente en este último, he vagado por la oscuridad pensando que me jugaba mi libertad, sin darme cuenta en cambio de que no había nada de libre en lo que hacía. Estaba convencida de que cuantas más experiencias extremas hiciera [uno entra cada vez más en el torbellino de las cosas, porque dice: "A lo mejor no lo he experimentado todo, tal vez no he hecho todo lo que estaba en mis manos..."]; hasta las experiencias más extremas] más podía acercarme a saborear esa felicidad que buscaba desesperadamente [¿Es tremendo! Si no comprendemos que ¡el deseo es deseo del infinito, que estamos hechos para el infinito, creemos que podemos arreglárnoslas haciendo experiencias extremas, con la esperanza de acercarnos a la felicidad]. Al principio podía parecer que funcionaba como razonamiento, pero una vez que me quedaba a solas [cuando uno se queda solo] no me quedaba más que un sabor amargo y una profunda soledad. Este verano viví una experiencia dolorosa, causada por mi exageración. Al volver a casa lloré, lloré amargamente y hasta entonces no había sabido qué quería decir que las lágrimas quemaban. Estaba asustada por lo que había hecho, no era yo, no era eso lo que quería para mí, me había malvendido [no es que no sepamos qué es la verdad. Podemos disimular algún tiempo, pero cuando nos quedamos a solas con nosotros mismos no podemos disimular. ¡Esto es lo que nos salva!]. Pero en aquel momento me resultó más que evidente Su presencia en mi vida y la verdadera necesidad que tenía yo. Destruída por la desesperación y por la vergüenza que sentía por lo que había hecho, fui a confesarme y lloré de alegría como nunca: si me perdonaba incluso ese acto, entonces debía quererme incon-

dicionalmente [¿Entendéis de dónde nace ese afecto por uno mismo que ningún error puede eliminar? Si no llegamos aquí, amigos, el afecto por uno mismo resulta muy frágil; es suficiente con que pase algo que no entra en nuestros planes o en nuestras medidas, o que esté más allá de nuestra capacidad para digerir, ¡y se ha terminado el afecto!]. El dolor que he experimentado lo llevo conmigo con una herida que me quema, y esto me hace darme cuenta de que estoy viva, me hace caer en la cuenta de lo que ha sucedido. Creo que he sido agraciada a través de este sufrimiento y agradezco [¡agradezco!] que haya pasado todo esto, porque si no hubiera sido así todavía estaría dando bandazos sin una meta. Nunca antes había vivido el dolor y el sufrimiento como un don. El día de mi conversión está grabado en mi corazón. Agradezco que se haya hecho presente en mi vida de forma tan evidente, yo diría que tangible, experimentable. Tengo necesidad de esta compañía, y quiero seguirla para gozar al máximo la vida de la que estoy enamorada».

Pero incluso después de haber visto todo esto, ante el encuentro con Cristo nos hacemos las mismas preguntas: ¿es posible que con este encuentro podamos afrontar todo, como dice esta chica? Como escribe uno de vosotros: «Después de este verano, un verano que ha transcurrido por gracia entre encuentros y hechos imprevisibles, sorprendentes y conmovedores, después de un verano en el que el rostro de Cristo se ha revelado a través de los amigos de siempre, pero también a través de amigos nuevos de otras ciudades, con los que después de poquísimos tiempo ha nacido una amistad verdaderamente sorprendente, hasta el punto de no poder dejar de decir “lo has hecho Tú”, después de un verano así lleno de acontecimientos y novedades, me veo empezando la escuela con el miedo de que la rutina cotidiana me haga olvidar la belleza que he encontrado este verano, de que el entusiasmo que tengo en el corazón pueda debilitarse frente a las dificultades cotidianas, dejando su sitio al aburrimiento de lo previsible y lo obvio. Porque es fácil reconocer a Cristo en la novedad, en los encuentros sorprendentes, durante las vacaciones o en el Meeting, y ser feliz, pero ¿es posible [esta es nuestra pregunta] reconocer Su rostro también en la dificultad de la vuelta a la escuela, del estudio, de

estar con compañeros tan difíciles?».

A esta pregunta responde san Pablo, porque san Pablo se había encontrado con Cristo, y esto era tan claro para él que dice: todo lo que consideraba como ganancia, como un valor, haber sido «circuncidado a los ocho días, [es decir, nada más nacer ya pertenecía al pueblo de Israel] del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Sin embargo, [todo lo que podía considerarse un valor] todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo» (*Flp* 3,5-11). Ni siquiera a alguien como él se le ahorra nada. Basta con leer las circunstancias que tuvo que afrontar: «De los judíos he recibido cinco veces los cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas, una vez he sido lapidado, tres veces he naufragado y pasé una noche y un día en alta mar. Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de los de mi nación [los judíos], peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos [los amigos], trabajo y agobio, sin dormir muchas veces, con hambre y sed, a menudo sin comer, con frío y sin ropa. Y aparte todo lo demás, la carga de cada día: la preocupación por todas las Iglesias» (*2 Cor* 11,24-28).

¿Qué es lo que se pone de manifiesto a través de todo lo que el Señor le hace pasar? ¿Por qué el Señor no le ahorra nada de esto? ¿Qué brota con claridad en la conciencia de san Pablo? Que «llevamos este tesoro [del encuentro con Cristo] en vasijas de barro [somos así de frágiles], para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. [...] Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios» (cf. *2 Cor* 4,7-10.15).

Todo lo que se nos da es para nosotros. Pensad en la humanidad desbordante de gratitud de san Pablo, al que sin embargo no se le ahorró nada: ¿Por qué está tan contento san Pablo? Porque todo lo que ha vivido le ha llevado a ver que Cristo es poderoso en medio de las dificultades, y esto le hace adquirir una certeza que describe así: «Si Dios está con nosotros [si yo he visto que Dios está conmigo en todas las dificultades que he tenido que atravesar], ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó [ni siquiera] a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? ¿La escuela? ¿Los compañeros nuevos? Podéis añadir lo que queráis] [...]. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado [¿San Pablo no llega a esta persuasión dándole vueltas a la cabeza! A él no se le ahorró nada. En todas estas cosas él vio la victoria de Cristo]. Estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (cf. *Rm* 8,31-39).

¿Quién de nosotros no desea al menos un ápice de la misma certeza que tenía san Pablo? ¿Por qué? Porque sólo una certeza así, sólo con una certeza así podemos desafiar cualquier circunstancia, cualquier futuro, como me dice este amigo, que sin una certeza así no habría podido responder: «Te escribo para contarte lo que me ha pasado estos días en la escuela. Este año tengo un profesor de filosofía nuevo. El de antes era una persona estupenda que me había hecho amar la asignatura, pero con este nuevo me he visto obligado a hacer cuentas, porque es una persona que está en contra de la Iglesia. Esto me ha llevado a tenerle poca simpatía. Sin embargo, hace algunos días, ante afirmaciones del tipo “los que creen, en realidad creen en una historieta, nada más” [lo que creéis; ¡historietas!], o “en la realidad no hay prueba alguna de que exista Dios” [no se nos ahorran estos desafíos. O nos vamos todos al convento para no tener que hacerles frente, o tenemos que adquirir una certeza que nos permita hacer frente in-

cluso a un profesor que te echa en cara: “Pero tú ¿tienes alguna prueba o son sólo historietas?”. ¿Entendéis por qué el Misterio no nos ahorra esto? Porque si uno no afronta esta experiencia, no sabe cómo responder], he descubierto en mí una reacción que no me esperaba: en vez de convertirse en el punto de partida para una respuesta puramente ideológica, sus preguntas se han convertido en un desafío que me ha llevado a ratificar por qué creo, por qué no puedo pasar sin esta compañía. Aquello en lo que creo no es una historieta, sino un hecho que se repite continuamente en la vida. Para mí Cristo no es un nombre sin más. Sólo tengo que pensar en este último año, en las vacaciones de invierno, en la exposición que hemos preparado, en el Triduo, en las vacaciones de verano, en los días en Varigotti, en el Meeting, en las amistades que han surgido, en la mirada con que soy mirado todos los días en la escuela, en la belleza de una excursión que hicimos a Portofino... Me he dado cuenta de que estos hechos son para mí la prueba dentro de la realidad. Al final, lo que más me ha impresionado es que ante esas provocaciones he comprendido que no puedo dar nada por supuesto, ni siquiera a mi profesor de filosofía».

Entonces, último punto.

3. LA VIDA COMO VOCACIÓN

Después de hablar de la Encarnación, de cómo el Misterio ha superado esta distancia, el Papa dice: «Desde la Encarnación [...] nada es banal o insignificante en el camino de la vida y del mundo [...]. [Es asombroso cómo prosigue el Papa]. Descubrimos así la dimensión más verdadera de la existencia humana, que el siervo de Dios Luigi Giussani recordaba continuamente: la vida como vocación» (Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, op. cit.). ¿Qué decía don Giussani? «Vivir la vida como vocación significa tender hacia el Misterio a través de las circunstancias [subrayad esto: a través de las circunstancias] por las que el Señor nos hace pasar, respondiendo a ellas» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*. Encuentro, Madrid 1996, p. 63). No es verdad que las circunstancias nos impiden tender

al destino, al Misterio, y que son un obstáculo, porque si fuesen un obstáculo imposible de superar, querría decir que no podemos llegar. ¡No, no y no! Nosotros podemos llegar, pero sólo a través de las circunstancias. Por eso dice el Papa: «Cada cosa, cada relación, cada alegría, como también cada dificultad, encuentra su razón última en el hecho de que es ocasión de relación con el Infinito, voz de Dios que continuamente nos llama y nos invita a elevar la mirada, a descubrir en la adhesión a él la realización plena de nuestra humanidad» (Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, op. cit.).

Las circunstancias son la voz de Dios, son la modalidad a través de la cual el Misterio nos llama a elevar la mirada; no son un obstáculo, no son adversas, sino la modalidad a través de la cual el Misterio nos llama a reconocer que está Él y que estamos nosotros, como vemos en el caso de san Pablo, para el cual todas las circunstancias que vivió no fueron un obstáculo, sino la ocasión para alcanzar una certeza que no hubiera podido soñar si no hubiera tenido que atravesarlas. Por tanto, «la vocación es caminar hacia el destino abrazando todas las circunstancias a través de las cuales te hace pasar el destino» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, op. cit., p. 64), porque ya nada es banal o insignificante, y cada cosa adquiere esta posibilidad de reclamarnos a la autoconciencia de que hemos sido hechos y de que somos Suyos. La vida de san Pablo testimonia que todo lo que se nos da, se nos da para nuestra maduración, se nos da para crecer en la autoconciencia.

Por eso, amigos, este es el tiempo de la persona, el tiempo de cada uno de nosotros, porque Él nos puede llamar como nos llama, y cada uno está obligado a responder. No responder es ya una respuesta negativa. Sólo si entramos constantemente en la vida con esta hipótesis podremos ver a Cristo en acción, podremos ver cómo vence Cristo, la victoria de Cristo. Pero atención, que nosotros «vencamos de sobra» no quiere decir que sucedan las cosas según nuestra imagen; “vencedores” quiere decir ver la victoria de Cristo aunque aparentemente estemos derrotados, como ese chico que, tal vez, no llegue nunca a convencer al profesor de filosofía, pero el profesor de filo-

sofía no vence en él. “Vencedores” significa que rebosa en nosotros la conciencia de Su presencia, que estamos tan agradecidos por lo que nos ha sucedido que nadie puede derrotarnos. Delante de testigos como san Pablo podemos ver lo que puede llegar a ser Cristo para nosotros, de modo que, incluso en las circunstancias más agobiantes, Cristo y los hechos que lo testimonian de forma tan evidente sean cada vez más el contenido de nuestra autoconciencia, hasta el punto de dejarnos sin palabras: «Pero ¿quién eres Tú, Cristo?».

El signo más evidente de que Cristo se ha hecho verdaderamente presente en la vida es que uno se queda sin palabras. El silencio cristiano nace del asombro de ver a Cristo en acción, «y Su presencia me llena de silencio»; un silencio lleno de la memoria de Cristo. No es un silencio vacío, sino que está lleno de Su presencia, a la que debemos dedicar tiempo; y si no damos tiempo a la memoria de Cristo, a recuperar una y otra vez la conciencia de Él y de nosotros, el poder habrá vencido en nosotros, porque significa que el contenido de nuestra conciencia está determinado por el poder, del tipo que sea. Por eso debemos pedir y desear que nuestra vida se llene de este silencio, porque es el signo de que Su presencia empieza a volverse familiar en nosotros. Y así podremos entrar en cualquier batalla, como el ciego de nacimiento. Después de curarle, Jesús no le dijo al ciego: «Ahora, para no correr ningún riesgo, para evitar que tu fe pueda estar en peligro, te mando al convento». No. Lo mandó al ruedo con lo que le había sucedido, con una certeza: que antes no veía y ahora ve. Y con esto el ciego deja “planchados” a todos.

Si tenemos esta certeza, si llevamos esta certeza en los ojos, como el ciego curado por Jesús, si vivimos de esta autoconciencia, entonces podremos verificar que también en la cotidianidad de la escuela podemos ser «vergonzosamente felices».

